

ron. ¿Para hacer qué? ¿Para llevar qué? Apenas se sabía. Desde que el ideal estaba á la moda, no se le miraba de tan cerca. Se decía con un candor absoluto: ¡ideal!, ¡buena voluntad!, y se pensaba que la tierra á estas palabras iba repentinamente á cambiar de vestido y endomingarse.

Un soplo de fraternidad pasó por la Francia en estos años. Todo era paz. León XIII había publicado (la encíclica *Rerum Novarum* es de 15 de Mayo de 1891) sus dos famosas encíclicas: una sobre la condición de los obreros, y otra, sobre su asociación. Incontinenti, el Conde de Mun, seguido de los «círculos católicos de obreros», había dado cuerpo á los ideales del jefe. Empezó á ser bien mirado el ocuparse de moral y religión. Lanson acababa de escribir el muy curioso prefacio de su *Bossuet*. Rod había publicado el *Sens de la vie* y preparaba las *Idées morales du temps présent*. Puvis de Chavannes pensaba en Santa Genoveva sobre las murallas del Panteón. En el Salón se habían admirado los *Brettonnes au pardon* de Dagnan-Bouveret, y en una venta el *Angelus* de Millet. Se disertaba espontáneamente de arte religioso. Bouchor hacía representar sus misterios cristianos, *L'œuvre* de Lugné-Poe daba los primeros dramas de Cured. Vogüé (que, no obstante, acababa de escribir esta frase: «Todas las transformaciones de nuestro tiempo conspiran en favor de la Iglesia»), era llamado por los estudiantes á presidir su banquete al lado de Ferry. En todas

partes se hablaba de cuestión moral, de neocristianismo, de unión de todas las buenas voluntades. El Papa mismo escribía al obispo de Grenoble: «Es propio de la prudencia cristiana saber conciliarse el concurso de todos los hombres honrados.» Sobre lo que el gran rabino de Francia, Zadoc Kahn, decía: «¡Qué hombre de buena fe no querrá responder á un llamamiento partido de tan alto!» Y todos, hasta Desjardins, pedían al Papa su bendición de «hombre de buena voluntad».

En todas partes los contrarios ansiaban unirse. Los demócratas hablaban de tradición; los tradicionalistas, de evolución; los científicos, de religión. El capitán Lyantey escribió una obra intitulada: *Du rôle social de l'officier*. Los batallones escolares marcaban el paso en todos los boulevares. En el *Gato negro*, Fragerolles interpretó su *Marche à l'Etoile*. El príncipe de la juventud del Barrio Latino, Bé-ranger, preparó su *Effort*. Cada cual, á continuación de Spuller, forzó el sueño de una «república ateniense», ampliamente tolerante, tutelar para los humildes y guiada por los sabios. Sin embargo, el más clarividente de todos, Brunetière, había ya planteado la cuestión: «¡Deber, deber!» Él buscó el primer anillo donde suspender la cadena de los deberes. Deseando impedir «un retorno del hombre á la animalidad», habla de «secularizar la religión». «Las religiones (afirma), no pasarán en tanto sean algo más y otra cosa que la ciencia.» «No se podría

(sigue diciendo) tener adquisición científica de observación sobre los gasterópodos ó de teorema sobre los cuaterniones que valgan lo que rogaría que me dejen llamar la deshumanización de un alma.» En oposición á Fouillée, se adhiere á la frase de Sché-
 rer de que «una moral no es nada si no es religiosa». Y sus amigos saben que el sueño de una nueva Iglesia galicana era en aquel entonces el horizonte de sus pensamientos. En cuanto al viejo maestro Taine, que la guerra había replegado sobre sí mismo, escribe en sus artículos sobre *L'Eglise* (que son de 1891) palabras como éstas: «El cristianismo interior, por el doble efecto de su envoltura católica y francesa, conserva su calor en el clero, especialmente en el clero regular; pero se ha enfriado en el mundo, y en el mundo es, sobre todo, donde su calor se necesita.» Sin embargo, ¡única nota falsa en este hermoso concierto!, Renan, menos sabio en el dintel de la tumba que en el curso de su prudente vida, recuerda que uno de sus manuscritos duerme desde 1848 en los cajones de su escritorio, y lo publica: tal fué *L'avenir de la science*, aparecido en 1890. Un estado de espíritu análogo (¡pero cuánto más serio!) se encuentra en el prefacio de los *Dix ans d'études historiques*. El viejo Thierry canta en él «el sublime evangelio de la consagración á la ciencia», de que Gaston Paris, suegro de Desjardins y amigo de Sully-Prudhomme, fué uno de los más eminentes protagonistas.

Pero la voz más pura, voz fugitiva del «espíritu nuevo», fué sin contradicción la de Lagueau, que fundó en Enero de 1892, con Desjardins, la *Union pour l'action morale*. Este solitario, de cejas fruncidas, de frente despejada, que vivía á lo Espinosa sin llegar á su impasibilidad, tuvo la audacia, vi-
 viendo todavía Renan, de predicar la santidad y el sacrificio, de proclamar que toda reforma debe comenzar por la conciencia y de afirmar sin ambages su fe en la primacía absoluta del espíritu. «La palanca de la acción moral (decía en sus *Simplex notes*) es la santidad, es decir, el egoísmo dominado y pacificado... El que quiera levantar á los otros, debe procurar sentir en sí mismo algo que le sobrepuje, algo más que humano.» Y sigue: «Creemos á la luz del día, sin pensamiento reaccionario y sin ningún misterio, una acción activa, un orden laico imitativo del deber privado y social, núcleo viviente de la sociedad futura.» Palabras austeras y heroicas que desconcertaron, y si se ha de creer á Parodi, «azoraron» á algunos.

Al estudiar de lejos este primer retoñar del espíritu nuevo (después de las estaciones tempestuosas que le han seguido, llamadas la conversión de Brunetière y el asunto Dreyfus, la fundación de *l'Action française* y el modernismo), se revela toda su confusión. El «renacimiento del idealismo», como decía Brunetière el 2 de Febrero de 1896, se comprobaba en esta fecha en la literatura, la filosofía y

la política. El asunto Dreyfus y sus anejos han parecido detener este renacimiento. De hecho lo han activado, demostrando, sin embargo, que el idealismo en Francia no podría crecer antes de haber arreglado la cuestión religiosa. Hoy, más que en 1896, la corriente es idealista, pero titubea entre dos direcciones: el imperialismo católico y una forma más libre del cristianismo. Aquí está el nudo de nuestros destinos.

Los conjurados de 1891 se unieron contra el intelectualismo y el diletantismo, pero de hecho su unión no era más que negativa. Sin darse cuenta formaron dos campos cada uno con su pasado, su Biblia, su ideal, su alma. Aquí los hijos de la *Summa*, allí los hijos de la *Encyclopédie*. Aquí «la querida Francia monárquica»; allí «la querida Francia nueva». Por lo demás, todos muy patriotas. Era el tiempo de los «sudaneses». La convención franco-inglesa del 5 de Agosto de 1890, que concedió en África un inmenso imperio, que era preciso ir á tomar, produjo la fiebre colonial que llegó á su colmo; todos los oficiales solicitaban el honor de partir. Ahora bien: no creáis que Desjardins, el hombre de «la querida Francia nueva», cedía en nada en entusiasmo á los antiguos «realistas». Escuchadle: «Correrá la sangre, las mujeres murmurarán con el corazón oprimido nombres bárbaros que todavía no sabemos. ¿Qué importa? Se formará una nueva leyenda de dolor; tal vez una caballería

va á nacer.» Sí, todos eran patriotas, y, sin embargo, las diferencias de sus disciplinas se notaba en sus patriotismos. Se vió claramente en 1898. Desjardins (el «buen sargento», como lo llamaba Lemaitre), tuvo entonces que repetir á sus tropas su antiguo grito: ¡á la acción! Cada cual comprendía que había llegado el momento de definir esta acción. Se recordaban las fórmulas de que se servían cuando lo del divorcio cada uno de los campos de la pobre *Action morale* dislocada: ¡eran simbólicas! Tenemos la salvación pública por ley suprema, afirmaron los tráfugas Vaugeois y Pujo. En cuanto á nosotros, replicaban los abandonados, deshacernos del error, principalmente del error apasionado; del error, padre del error, del error querido... lo consideramos como el acto valeroso por excelencia, el acto absolutamente piadoso.

El caso Brunetière no fué menos revelador. Todos estamos enterados. En 1894, el 27 de Noviembre, el nuevo director de la *Revue des Deux Mondes* visitaba á León XIII. El 1 de Enero de 1895 publicaba el artículo, en adelante histórico, *Après une visite au Vatican*. Esto no era más que una réplica bastante viva y hasta un poco áspera á *L'avenir de la science*. Brunetière no decía nada en él que no hubiesen ya dicho y escrito los representantes del espíritu nuevo. Desde hacía veinte años era un lugar común en la escuela neocriticista la impotencia de la ciencia para resolver la cuestión moral.

¿No era el mismo maestro Renouvier quien rogaba que se le mostrasen «las orejas de esta persona llamada la ciencia?» Brunetière también protestaba contra la superstición de la ciencia, contra la ciencia que pretendía ocupar el lugar de la religión. Desarrollaba á su manera, una manera fuerte, la máxima que escépticos como Schérer y Taine habían puesto en circulación: no hay sociedad sin moral; no hay moral sin religión. Y, sin embargo, esta manifestación levantó inmenso clamoreo en el campo mismo del «espíritu nuevo». Concedo que el carácter del autor (á quien Clemenceau llamaba «peón desabrido») contribuyó mucho á este sobresalto. En efecto, aquel hombre era serio, de una seriedad terrible. Comprendíase que no se mantendría en esa posición, que sus afirmaciones eran provisionales, que llegaría á las consecuencias extremas. En realidad, no proponían á la Iglesia más que una especie de concordato con los hombres de orden y de justicia, aunque fuesen librepensadores; y en esto Brunetière no dejaba de ser fiel á la doctrina de Comte. Pero trataba á la Iglesia como aliada, no como enemiga, y se preveía (lo que era rendir homenaje á la ardiente sinceridad de aquel hombre) el acontecimiento de 25 de Enero de 1900. día en que declaró en Besançon, que «se había franqueado el dintel del templo». Y no temo decir que en las invectivas de que se le colmó, entraba por mucho ese horror á los *dilettantes*, que ven sus

frases, sus preciosas frases, convertidas de golpe en vertiginosas fuerzas de acción. Pero había otra cosa asaz más grave. No me refiero á la oposición teórica de los pensamientos: para unos, como Fouillé, Darlu, Richet ó Berthelot (vale la pena leer, para comprender toda la candidez de los moralistas científicistas, el artículo del último en la *Revue de Paris* de 1 de Enero de 1905), la moral era reina y la religión súbita; al paso que para Brunetière y sus amigos (por positivismo y por intuición más profunda) la religión era la que prevalecía, prestando savia y vida á la moral. No, me refiero á algo más concreto, al antagonismo arriesgado de las partes en presencia: de un lado el amor filial al catolicismo; de otro lado, el miedo y casi el odio al catolicismo. De un lado, en efecto, estaba el sentimiento noble ciertamente de la grandeza y de la fuerza de las tradiciones, de aquellas sobre todo que el siglo había humillado más, que conservan, sin embargo, una vida secreta y que la Iglesia consagra; pero había también la certidumbre despreciativa de que toda la dignidad del hombre moderno no era más que locura y orgullo. Y de otro lado sublevábase esta dignidad del hombre moderno que ha conquistado, no sin sufrimiento, su autonomía científica, moral y política, y que siente que no puede ni debe á ningún precio envilecer esa dignidad; pero (hasta tal punto el bien y el mal se entrecruzan en todo), para asimilar demasiado

el catolicismo y la tiranía, se tenía la tentación de desconocer el valor sobrehumano del hombre, tentación, por lo demás, que disminuye de día en día, á medida que se aprende á distinguir el catolicismo como religión de la religión misma. Aquí está el nudo del drama francés. Y una escena de este drama de conciencia fué el *tolle* levantado por Brunetière cuando preconizaba un catolicismo al desnudo.

Ahora, desde el punto á que hemos llegado, podemos abarcar la situación presente. Trátase, sin duda, de una situación provisional. Falta mucho para que estemos en la víspera, ni aun en la antevíspera, de una de esas síntesis majestuosas que se llaman siglos clásicos. Sin embargo, ante los bloques dispersos de la vasta cantera de nuestra época, siéntese la seguridad de que se va á construir un edificio y que este edificio tendrá el cristianismo por bóveda. Desde luego (con la reserva de las supervivencias posibles, pues no hay ejemplo de idea alguna que haya desaparecido totalmente), puede decirse que los partidarios del científicismo y de la moral independiente están muertos. Hecho típico es el de Madame Coignet, una de las madriñas de la Tercera República, que era, por los años de 1870, con Massol y Brisson, el campeón más celoso de la moral independiente, y hoy es protestante, bersogniana, cristiana. Ciertamente que, aun entonces, no era antirreligiosa, como sus amigos Massol y

Brisson, y que *La morale indépendante*, su periódico, se reducía para ella á una forma de acción social. Hecho no menos típico es *L'apôtre*, gran drama de Loyson, que prueba hasta qué punto en los medios radicales (iba á decir «brissonescos») está comprometido el dogma de la moral independiente. En definitiva, *L'apôtre* es una réplica escénica á *Le disciple*, escrita por un ferviente demócrata. No es que la ciencia haya perdido nada de su legítimo prestigio: es que nadie actualmente (excepto algún que otro espíritu rudimentario) le pide el secreto de su destino y le somete su vida profunda. En el prefacio de la reciente novela de Beaunier, *L'homme qui a perdu son moi*, dedicada á Bourget, encontramos estas palabras: «La ciencia es inhumana, y no hay que denigrarla por ello; pero yo sostengo que la admirable ciencia es muy otra cosa que nosotros mismos, y, en suma, que nada tiene que ver con nosotros.» Pascal ha llegado á hacerse entender en aquello que afirmaba de ser el corazón quien conoce los principios. Para esto han sido necesarios doscientos años y el concurso de ilustres repetidores. Pero el esfuerzo ha sido coronado por el éxito. Gracias á Dios, todo hombre que piensa distingue hoy y jerarquiza los «tres órdenes de grandezas». El escritor orientado sabe que la religión responde á otros métodos que las ciencias, y que no es la dialéctica, sino la intuición y una elección libre, lo que á ella conduce. Emerson, Nietzsche, Barrés y

Rolland han enseñado, en diversas formas, el sentido y el valor del heroísmo. Frente al naturalismo ha aparecido el drama interior del último. Novelista psicólogo ó poeta simbolista, su propósito, según la fórmula neta del simbolismo, es «ver más lejos que las cosas y más dentro que su corteza, alcanzando la realidad profunda y misteriosa de que no son más que signos efímeros». Bajo la autoridad de Bergson, afirma su creencia en la espontaneidad y libertad de la persona. El problema que torturaba los graves ocios de Sully Prudhomme y que alimentaba las sombrías melancolías de Loti, la contradicción entre los deseos del corazón y los datos de la mente, es, para él, un problema en vías de solución. Admira sin reservas y sin falsa compasión, por su «superstición» y su ignorancia, á Pascal, Lutero y San Francisco de Asís. No le parece inverosímil que surjan nuevos santos. Se ha codeado con hombres de cuya buena fe no sospechó nunca, y que, escritores como él y más grandes que él, se han convertido y muerto en Dios. Puro esteta, las historias de Coppée, de Huysmans, de Guerin y las más recientes de Cardonnel, Stapher y Fleury le son, sin embargo, familiares, y deja las burlas á simplistas é incomprensivos. En resolución: lo que hiere inmediatamente nuestro espíritu en nuestra época, cuando se la compara con los tiempos del materialismo y del Parnaso, es que se han removido los prejuicios y obstáculos que entonces se opo-

nían al sentimiento religioso. El aire se ha despejado.

Y aún podemos ir más lejos. Numerosos son ya en este momento las obras que inspira una real preocupación religiosa. Confieso que los quilates del oro rara vez son puros. Al lado de algunos poetas niños de corazón, mezclados con el siglo, como Mauriac y Valléry-Radot; al lado de inquietos «unanimistas», que hacen su Dios de lo inconsciente colectivo y su profeta de Romain; al lado de los hijos místicos del «buen santo Verlaine» y de Desbordes-Valmore, que aleccionan transportes carnales y éxtasis purificantes, y para quienes la religión es á menudo el condimento del vicio, hay los estetas, que no ven en el misticismo más que una nueva veta explotable, y los curiosos y eruditos que se ciñen á los accesorios de la piedad: música, vestidos, trajes, peregrinaciones. Pero hay, sobre todo, la poderosa y respetada corporación de los tradicionalistas: Barrés, Bourget, Bazin, sus tres dioses; Bordeaux, Bertrand, Boylesve, Beaunier y otros semidioses.

Moda é imitación, conservatismo y estetismo, curiosidad frívola y refinamiento vicioso... tinta en vez de sangre. La literatura se ha convertido en una manera de industria, industria ventajosa, porque no exige capitales. La mayoría de los escritores tratan indiferentemente del vicio ó de la virtud. En estos momentos un abismo separa el arte de la

vida; pero, sea fatiga del público, sea usura momentánea del género astuto, las novelas y las comedias defienden casi siempre las ideas morales. Un hombre informado, director de una gran revista, me decía ha poco: «El asunto religioso alcanza á estas horas buena prima en el mercado.»

Dejemos, pues, fuera de discusión la persona de nuestros «queridos maestros», y hagamos constar que, si han cambiado de modo, es porque el público ha cambiado de gustos. Pero no esperemos de ellos una de esas obras maestras que encarnen lo mejor de nuestra alma. Requiérese para esto una competencia directa, una profundidad ardiente, una sinceridad decidida de que ellos carecen. Muy á menudo y en las partes más patéticas, dan pretexto á la sonrisa. En cuanto hablan de religión y de virtud, fuerzan la nota y llegan á lo increíble ó exagerado. Mas como en lo mucho poco serio que se produce aparece de trecho en trecho alguna obra respetable, ¿no tendremos el derecho de confiar en el porvenir, si es verdad, como de ello estoy seguro, que la generación que asciende tiene sed, no de la apariencia, sino de lo real y de la plenitud del ser?

Y si salimos de la literatura, para entrar la vida concreta de la nación, difícil es dejar de apreciar, aunque mudas, oscuras ó disimuladas, tendencias parecidas. Nada aquí reemplaza á la experiencia. La mía, muy limitada, se une á mi fe para casi

forzarme á la esperanza. Y veo que no el desecho, sino los mejores de la nueva *élite*, suspiran cerca de Dios, cuando no le han conquistado ya. La Joven Francia, la nuestra, reúne el sentido de lo real y el de lo divino. Admirable es su decisión de apostolado; profundo su disgusto por todos los sustitutos de Dios: la moral independiente, la sociedad, el progreso, el superhombre. A despecho de la devoción atea de un Maeterlink (de quien dice Mademoiselle Leblanc que «ha elevado sobre una cumbre un templo de belleza, de verdad y de amor, que ninguna puerta defiende, ni divinidad alguna habita»); á despecho de este misticismo sin Dios y de los transportes dudosos de nuestras bellas poetas, nuestra patria ama siempre la franqueza; en ella las ideas son todavía ideas á caballo, militantes; su robusta vena no está exhausta de sangre roja. Sí, mi convicción es que nuestra *Joven Francia* se halla en busca del verdadero Dios.

Escuchad, para terminar, cómo Delacôdre, un *Joven Francés*, cuenta la peregrinación de la generación nueva en la revista *Foi et Vie* (de 16 de Noviembre de 1912):

Linterna en mano, como Diógenes otrora, cuando un hombre buscaba, partí en busca de una moral, de la moral verdadera.

Algún sistema de virtud se me había propuesto, algún rosario de deberes había oído murmurar.

Pero esto no había suscitado en mí amor ninguno. Y

por eso cuidé de ver todas las morales y de elegir la verdadera.

Y partí un día, linterna en mano, como Diógenes otra vez, cuando un hombre buscaba.

Por de contado, para darme un poco el calofrío de la novedad (pues, dicho sea entre nosotros, cosa monótona eran todas esas morales contradictorias).

Fui en busca de aquellos cuya moral es no tener ninguna (lo cual, pensaba, es un sistema, como cualquier otro).

Y he aquí el lenguaje que oí á estos buenos escépticos que me parecieron creer firmemente en su escepticismo:

«No se necesita, me han dicho, un sistema rígido. ¿Se puede prever lo imprevisible? Y todo el encanto de la vida, ¿no está en lo imprevisible?»

«Deja á las circunstancias el cuidado de dictarte el estado de alma propio para acogerlas bien.»

«Así gustarás una serie ininterrumpida de pequeños goces instantáneos.»

«Y tu goce de hoy no te amargaré el goce de mañana.»

«Renuncia á ser llevado á remolque de un ideal. No por ello renuncies al ideal mismo. No hay que renunciar á nada.»

«Pero no encadenes tu vida: ten por principio no tener ninguno.»

«Sé la cosa alada que un soplo impulsa y un soplo retrae.»

Así de estas bocas perfumadas cata el consejo de disolverme en el polvo del ser,

De repudiar la tiranía de una voluntad firme para mejor someterme á la del acaso.

«No (les respondí), vuestros preceptos no me agradan. Me hacéis pensar ante la vida.»

«En profanos que escuchasen música, su oído no dejaría de ser dulcemente acariciado por unos instantes»,

«Y sentirían pequeñas sacudidas agradables y como á flor de piel. Mas por siempre»

«Ignorarían el ritmo profundo, incapaces de reconocerle en la alternancia entrelazada de los temas»,

«Anegados en la armonía como en una embriaguez sin memoria, sin conciencia y sin fin.»

Despechado, abandoné aquellos hombres y apesté mi linterna á otros

Que yo sabía, no sin alguna ansiedad íntima, que me darían una palabra de orden más clara;

Porque su alma es comparable á un mármol en que el bien y el mal se graban en caracteres eternos.

Por lo cual hablan á los demás con la sonrisa en los labios y el desprecio en el corazón,

Hábiles en persuadir por astucia y en convencer por fuerza.

Y se han lanzado sobre mí y me han dicho:

«Buscas la verdadera moral. ¿Hay nada más sencillo?»

«Escucha lo que enseña por nuestro órgano, la tradición, única prueba de su verdad.»

«No en vano ha hablado Dios; no en vano hombres predestinados han recogido sus palabras»,

«Extrayendo á proporción y á medida de los siglos la rica savia que el profano no podría descubrir»,

«Y que pone en su corazón, por nuestros cuidados, la satisfacción y la obediencia.»

«No (exclamé sin querer oír más); si mi alma no tiene necesidad de ponerse en tutela»,

«¿Quién os da el derecho de juzgarla? ¿Quién os da el derecho de ponerla en tutela?»

«Nosotros poseemos la norma infalible. Tú atravesarás la vida, guiado por nosotros»

«Y rescatado por la belleza ritual de los actos que cumplirás, aun ignorando esa belleza.»

«¡Alto! (dije). Mis actos valdrán lo que valga mi alma. Tengo un alma, entendedlo.»

Y corrí por un largo rato, ávido de beber espacio y de sentirme libre,

Como un pollino salvaje que hubiera sido encerrado en una cuadra suntuosa.

Y de nuevo asenté mi linterna y agucé el oído sin dejar de caminar. Y nuevas voces llegaron hasta mí en concierto discordante.

«Sé lógico contigo mismo», me ha dicho alguno.

«¿Seré lógico en la muerte ó en la vida?»

«Simplificate», me ha dicho otro.

«¿Quién me dirá lo que hay que mondar del árbol?»

«Ensánchate.»

«¿Qué horizontes asignáis á mi conquista?»

«Sacrificate al bien social.»

«¿Qué es la sociedad?»

«Sé justo.»

«¿Dónde está vuestra balanza?»

«Procura comprender.»

«No comprendo por qué comprender.»

«Piensa que tienes cuerpo.»

«¿Nada más que cuerpo?»

«Obra á toda costa.»

«Entonces, ¿qué hacer?»

«Abstente.»

«¿Puedo acaso?»

«Felicitate de estar inquieto.»

«La inquietud, ¿será remedio á la inquietud?»

Y como avanzase siempre, sentí que estaba fatigado, Y que había muchas morales que recorrer aún: un hor-
miguero confuso de morales,

Y que nunca alcanzaría el fin.

Entonces, un poco melancólico, me senté al borde del camino, colocando mi linterna á mi lado,

Y con la cabeza sobre mis rodillas, soñé.

Entre tantas morales, ¿dónde estaba la mejor?

Mas con todas las dudas que habian hecho nacer en mí No llegaban á desesperarme. En ellas presentía mi liberación.

Y he aquí pasada la fatiga y recobrada la quietud, exclamé:

«¡Oh moralistas, vosotros todos, hombres de preceptos, que os consumís en obras y en virtudes de detalle, oid:

«¡Desgraciado de mí que os he preguntado desdeñando mi juventud y desdeñando mi Cristo!»

«Queréis dirigir mi acción, y no me proponéis una sola razón de obrar.»

«Distinguis el mal del bien, y no creéis en nada más.»

«Me ofrecéis algunas migajas caídas de la mesa divina»,

«Á mí que del festín quiero participar por completo.»

«Cuando se trata de conservar la patria y de edificar la civilización»,

«Habláis de cimentar la conciencia sobre una sana moral. Ahora bien: sabedlo:»

«No es el cimiento, cosa muerta, lo que nos falta»,

«Sino una vida, una fe, un canto, de que el mundo se vea enchido como un pecho.»

«Sean mis actos el reflejo de mi alma.»

«Consúmense en testimonio suyo mi vida y mi muerte, mi sufrimiento y mi goce.»

«Tenga yo amor, y toda la moral se me dará de añadidura.»

GASTON RIOU,
Poeta y filósofo.

El materialismo en el teatro.

Un crítico penetrante, que conocía muy bien el teatro y que había estudiado de cerca sus relaciones con las ideas y las costumbres, Weiss, distinguía dos fechas capitales en la literatura, ó, por mejor decir, en el movimiento general de los espíritus en el siglo XIX: 1830 y 1852. Como tantas veces se ha hecho, insistía en la oposición y el contraste entre el entusiasmo romántico y el espíritu positivo, que le reemplazó al advenimiento del Segundo Imperio, transformando el pensamiento y el arte é instaurando el realismo. De buen grado hubiera resumido las diferencias entre las dos épocas en estas dos palabras: idealismo y materialismo. «El 2 de Diciembre fué una ducha de agua helada lanzada sobre cerebros fogosos. Todo el trabajo de la imaginación francesa se detuvo. No puede decirse que el campo del pensamiento se haya restringido: la marcha triunfal de la filosofía natural, cuyo audaz progreso seguimos á diario, data de ese momento. Pero si el campo del pensamiento no se ha res-